

Cuadernillos de Poesía Colombiana

24

Eduardo Castillo



Ediciones de la Revista ***“Universidad Católica Bolivariana”***

EDUARDO CASTILLO

No sé por qué secreto designio siempre he asociado la poesía colombiana con una atmósfera de penumbroso estío, circundada de una opaca claridad el área que contiene el mundo de nuestros poetas. Desde los más achatados al paisaje, hasta aquellos que más alto han subido en el ápice de su canto, con una pertinaz vocación estival, la poesía colombiana vive en esa madura estación, desde la llanura al promontorio, bañada su topografía de una latitud que se dispersa nerviosamente como un homenaje al trópico en los climas más disímiles. Repentinamente un delgado viento viaja hacia otras comarcas haciendo sonar la voz de un poeta distinto, pero el paisaje permanece idéntico. Se me antoja que Hipólito Taine tuvo acierto al hablar del predominio de la naturaleza en los pueblos jóvenes pero que el trópico no es un accidente geográfico sino una latitud del alma, no alcanzada totalmente por la superación de la sangre.

Con el riesgo de volverme trascendental, advierto que la poesía nueva le gana en primavera a la antigua, según las voces esparcidas que llegan hasta un observatorio neutral, sin compromiso con los beligerantes. Algo va cambiando en el alma y un mundo nuevo se asoma en la madrugada. No hay en los nuevos la perfección formalista pero hay una fuerza centrífuga que vitaliza hacia el contorno. La poesía del siglo pasado fue preciosista, una poesía regocijada en sí misma y en ella misma se abastecía de motivos generalmente muy modestos; alelada en imágenes puramente sensibles; con un vago esteticismo que invita más bien a la melancolía que a la vida. He recordado a Homero cuando asocia a las estaciones el deslizarse sucesivo de los poetas, empujando hacia no se sabe qué regiones la corriente de los hombres. Nuestra poesía pasada tiene un sabor de recolección sobre un fondo en claroscuro como en los lienzos de Rembrandt, con una alusión a lo ya hecho, al producto y no al producirse; a lo acabado ya en un oscuro fondo de estación fatigada. Es una poesía que, en sus expresiones más conspicuas, estaba hecha para el reposo enclaustrado, con paisaje lluvioso, sin fuerza para operar sobre la vida sino para padecerla; una mustia flor de invernadero con aroma de aristocratismo ocioso, pulimentada hasta el hastío. Frente a ella casi siempre sentimos piedad para el atormentado protagonista y ganas de huir de aquellas situaciones tan frecuentemente cursis, mezclas de Don Juan fracasado, de ostentoso propagandista del alcohol, de atribulado pariente en duelo.

Cuando es muy selecta, dentro de aquel ambiente, como la de Castillo, hay un secreto reproche a la obra consagrada que en cierta manera nos parece una falsificación; hay algo insincero en que

el artista claudicó de sí mismo, hundiéndose en la masa desleída de lo social que son los cánones y formas ya petrificadas.

Dragando río arriba por aquella poesía debemos encontrar en ella un repertorio más o menos parejo de objetos, porque también la poesía tiene su peculiar universo, incidencias de la voz que tal vez se presentan al vulgo en forma concreta pero que al artista se le transforman en su realidad esencial, sumergida en la atmósfera de su propio espíritu. Por eso advierto que hay un mundo que ha cambiado desde ellos hasta nosotros no en cuanto cambie substancialmente la materia que circundó su universo sino las posturas, las estimativas que persigue ahora el artista. Por debajo de aquellos aluviones de cosas nuevas más importantes como utillería del poeta hay caracteres que sobreviven.

Lo que quiere decir que hay caracteres eternos y las obras que supieron capturarlos son las que sobreviven a las mudanzas, perdón por la novedad, porque hay un minimum idéntico en la naturaleza humana que es el secreto de eternidad en el hombre. Descubrir en cada época aquello que es característico es una visualización intuitiva del artista y solamente puede perecer la obra que tiende únicamente a las formalidades que es lo común. Lo que sobrevive al fin es el estilo que es lo personal, lo auténtico aun cuando su forma tenga algo de impureza. Por eso la gramática tiene mucho más analogías con la mecánica en la perfección metálica de su sintaxis que con el espíritu. Sólomente en cuanto haya una correspondencia entre ella y el estilo adquiere aquella movilidad suficiente no sólo para COMUNICAR sino para EXPRESAR. Y esa es la función esencial del poeta con el lenguaje porque ya no le sirve como al hombre circunscrito para entregar a los otros las especies intelectuales sino para tomar las impresiones de los objetos y expresarlas. De ahí que quien permanece en aquella primera etapa de la impresión (impresionistas) establece un monólogo que difícilmente encontrará auditorio. Usando las mismas palabras que sirven al hombre común para la comunicación, el poeta alcanza su más acendrada misión cuando las utiliza en las expresiones, como mensajero de aquella realidad por donde se desliza el otro sordo a sus llamadas. Esas expresividades son tan vastas que sobre un mismo objeto, las palabras alusivas pueden alojar multitud de direcciones, según el punto de vista del observador como objeto de moralidad, de estética, de sensibilidad, con perdón del señor Nebrija y del señor Maya que, en su último libro, ha confundido ingenuamente lo estético con lo moral, lo clásico con lo perfecto y el humanismo con el formalismo.

El eterno movimiento del artista desde su yo personal hasta los objetos exteriores que lo requieren se vacía, pues, en las formas del lenguaje con tal presión interna que el espectador se ve obligado a sentir ese eterno bascular entre uno y otro término. Cuando esa presión vital es una realidad capaz de hacerse contenido emocional por la expresión, el artista ha logrado las formas expresionistas adecuadas al objeto que buscó manifestarse en él. Ya no hay pretextos posibles para evadir la responsabilidad de aquel contenido y por eso frente a un mismo tema esencial se presentan en unos las diversas posturas poéticas en que predominan la comprensión, en otros la sensación y en los de más allá la emoción, según que su manera de percibirlos pertenezca al género de los intelectuales, de los espirituales o de los sensibles. Yo siempre he visto una línea curiosa en coordinadas entre los poetas que tratan de hacer classicismo sobre la línea de la inteligencia; una de emoción en los románticos y una de estricta sensibilidad en los parnasianos.

Y cómo descubrir aquel mundo? Cualquiera podría pensar que en las sustantividades aludiendo a que es más esencial el poeta que trabaja con un centro de atracción en el sustantivo. En ese circuito gramatical puede asilarse el material del científico pero no el del poeta que siempre anda en fuga detrás de cosas más profundas que el mero ser de una sustantividad. Ni tampoco el verbo que es el

motor del ser y le agrega ya la acción para que salga de su inercia. Es la entrada a todo aquel mundo vago en donde el poeta encuentra sus esencialidades y que vierte en el vocabulario que maneja o que hace traslaticio, con una elasticidad resinosa, rebotante como una pelota en el tennis. De ahí el decisivo papel del adjetivo, que no es tan agregado como aparece en la lógica del idioma. De adjunto de la realidad, de agregado cultural, suele pasar al sillón del embaajador de esa realidad y es éste uno de los movimientos peculiares de la poesía moderna, egregiamente estudiado por Concha Meléndez.

No sé propiamente le origen de este fenómeno pero con el presupuesto dón de vaticinio del poeta, con aquella su misteriosa adivinación y su presciencia, creo que, inconscientemente, la poesía moderna opera sobre un ambiente axiológico y no ontológico. El uso del adjetivo, particularmente, lo demuestra así porque antes de que la Filosofía moderna asumiera esta nueva posición toda la educación flotante, las ideas circulantes en el medio eran pensadas hacia el ser, mientras la nueva atmósfera está gravitando hacia el valor. La adjetivación, tan dispar en uno antiguo y uno moderno, está sujeta profundamente a esta actitud en que el adjetivo ya no se limita únicamente a explicar o calificar el sustantivo sino a señalar la fuerza tendencial hacia un valor. Frente a este nuevo hecho de la poesía, la antigua se nos aparece con una adjetivación sobrante por su incapacidad de agregarle un sentido nuevo al sustantivo. "Eres triste y el dolor es contigo" dice, por ejemplo, Castillo cuando la idea implícita en el adjetivo triste ya está contenida en el dolor, puesto que no es un dolor físico que en un estoico puede hasta proporcionar alegría.

Si echamos una mirada general a aquella poesía se nos aparecerán los adjetivos cumpliendo siempre su indigente papel, son FLATUS VOCIS, sin misión esencial. "Caliente sol" "verde campiña" "cielo azul" son frecuentes "hallazgos" de aquella poética. Es que la adjetivación tiene que agregarle una nueva significación al sustantivo para que no resulte haciendo una explicación ofensiva y para asonantarse a la curiosidad insaciable de la modernidad. Un adjetivo tan elemental como "invisible" por ejemplo y, tomado al azar, le sirve a Juan Ramón Jiménez para revelarnos una significación nueva de algo tan visible como el agua en esta estrofa:

"El amor es, entre tú y yo, tan impalpable, tan sereno, tan en sí,
como el aire invisible,
como el agua invisible, entre la luna
del cielo
y la luna del río".

Talvez quien no mire poéticamente el fenómeno no advierte la invisibilidad del elemento entre dos lunas; vagando la una cielo arriba y viajando la otra su anfibio cobre nocturno. Ambas haciendo desaparecer su contorno, aire y agua, en el hechizado brillo.

En esta forma el poeta no es un imaginífico sino el supremo mensajero de la realidad. Lo que hace es encontrar las significaciones que para el hombre vulgar no aparecen. Porque para éste, el mundo es un conjunto de objetividades aisladas, es un "sin sentido" con todo el peso que la actitud fenomenológica de la filosofía le ha dado a esta contraposición. El poeta descubre las significaciones y le insufla a la palabra todo ese apuntar hacia algo en forma que un adjetivo ya entra a representar una sustantividad. Por eso, adelantando provisionalmente una noción metafísica de la expresión poética, que deberá ser objeto de más oportuna y dilatada exploración, he entendido la calidad poética por aquella exactitud de las significaciones que encuentra en el mundo y que revela como de un negativo para que gocemos de la RECREACION. Todo aquello por donde pasa el hombre vulgar como si fuera eso y nada más se aparece siempre al poeta como un SIGNO cuya vida interior es des-

madejada por la rueda lírica del poeta. No hay en esto alguna relación con aquello de que los antiguos decían al poeta? El no tiene ese humilde oficio que se le atribuye de revelarnos sus propias emociones, porque aquello no nos dice sino cómo ha reaccionado su sensibilidad frente a esas cosas. Es, por el contrario, el descubridor de significaciones que nos trae en el canto los alisios que lo empujaron hacia aquellos símbolos.

Evadido de toda pretensión crítica, particularmente de aquella que se entiende como el arte de encorsetar todo cuanto se dice, con airecillo de desmayo y melindre, ahuecando la voz insonora, yo pienso que el mundo del poeta está amortajado en sus palabras. Y todo el hastío que respira la poesía de Eduardo Castillo es un reflejo del ambiente que presidió su vida. Y de lo que quiso que ella fuera. Porque ese hastío es un vicio aristocrático, un sentimiento vecino de la ociosidad. La poesía moderna tiene desesperación que es algo más profundo porque es la frustración del hombre ante la muerte como en Rilke, una tentativa de sobrevivir alegremente a su presencia.

Y la justicia de esta meditación está en que allí, como en los miniaturistas del Renacimiento, surgen esporádicamente joyas que sirven a la vez para juzgar la posibilidad detallista del artífice y también el mundo pequeño que habitaba su espíritu. Yo he recorrido todo ese huerto aterido de Castillo, invitado por el inteligente director de estos cuadernillos, para recoger algunas calidades poéticas y a la verdad he hallado muy pocas y grises. Su espíritu sumido en la elegancia caballerisca vivió sombreado por la bohemia francesa que se resume en su poesía. Como casi todos los nuestros, cantó esa bohemia alternativamente cuando leía a Verlaine y a Albert Samain y añoraba el umbrío del claustro cuando leía a Francis James. Traducciones perfectas, todas las que logró, delatan la exacta adecuación de su temperamento con aquellas finas sensibilidades galas. En todos estos poetas retoñó la decadencia europea, que era francesa entonces, y en ellos se reanimó en estío el otoño que sollozaba de una edad muerta.

He seleccionado algunas traducciones y obras personales que no pretendo analizar sino presentar antológicamente, quiero decir, desde mi punto de vista. Sin asumir actitud de un desmontador de maquinaria, examinando las piezas más íntimas. Hay una corta "Elegía Mínima", buida como un rayo que, despreciada por los antologistas, es en mi concepto lo mejor de esta recolección.

Ahora al lector le corresponde olvidar lo que dice este introito y, recordar, si esto ya pasó por su corazón, lo que es un fino vaso de la poesía colombiana.

Abel NARANJO VILLEGAS



ELEGIA MINIMA

**En memoria del niño Joaquín
Emilio Montoya Santamaría.**

Como cuando en tu casa te escondías por juego
se te buscaba con voces y lágrimas de ruego. . . .
Un año ha ya que dura la atroz broma cruel;
esta vez, principillo de Perrault, fino y blondo,
hallaste un escondite tan seguro y tan hondo
que quienes más te amaron no pueden dar con él.

Patinas en el lago niquelado de luna
o en el jardín nocturno corres en pos de una
mariposa irisada, rútil como un joyel?
Bajo un rosal florido duermes con sueño blando
o bien hacia la luna partiste, piloteando
uno de tus minúsculos aviones de papel?

Nadie podrá decirlo, principillo risueño;
el Destino es muy grande y eras tú muy pequeño,
y el bien que ese destino con avaricia da,
hechiza instantes breves y luego huye de prisa. . . .
Eras una sonrisa, no más que una sonrisa,
y una sonrisa es algo que encanta y que se va.

Pero no has muerto. Muertos están los que han **sufrido**
esa segunda muerte que se llama el olvido
la única de supremo e ineluctable horror;
y sobre tus recuerdos, de la noche triunfantes,
con su lacrimatorio colmado de diamantes
y su votiva lámpara, vela insomne el Amor.

EL SUEÑO FAMILIAR

Je fais souvent un reve etrange et penetrant....—Verlaine.

En la noche que llena mi retiro
a mí se llega con andar muy quedo;
un anillo nupcial fija mi dedo
y en mí clava sus ojos de zafiro.

Su voz escucho y su fragancia aspiro
en éxtasis de amor; apenas puedo
balbucir como un niño, y siento miedo
de que se me diluya en un suspiro.

Mi lámpara nocturna palidece
ante la luz del alba; desaparece
esa visión de diáfano pergeño,

que apenas, para el alma que la nombra
fue algo como la sombra de una sombra
o un sueño recordado de otro sueño.

PLEGARIA A JESUS

Cómo puede dejar la regalada
paz de tu seno, y con fatal desvío
huír de tu redil, oh Dueño mío,
como pobre evejuela descarriada?

Tarde, talvez, retorno a la majada,
mas te traigo en ofrenda mi albedrío,
y un alma que a pesar de su extravío
aún está de tu amor embalsamada.

Tuya es, mi bien. La herida dolorosa
que le abrió tu saeta, es una rosa
llena de suaves mieles derretidas.....

Oh Amor de mis blandísimas querellas:
quien conoció el dulzor de tus heridas
no halla gozo y deleite sino en ellas!

LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS

San Francisco de Asís, el ermitaño,
el ruiseñor celeste de la Umbría
que con acento melódico hacía
dormir al lobo en medio del rebaño;

en la quietud de su retiro huraño,
cerca de la Porciúncula, vió un día
a una mujer; su boca sonreía
roja y sensual como clavel extraño.

Y el poeta del agua, el mar, el fuego,
roto sintió su místico sosiego
por una tentación pecaminosa.

Rebelde a la inquietud luciferina
arrojóse a un cardal, y cada espina
bajo su cuerpo se tornó una rosa.

LA FLORIDA PAZ

Con saña tan cruel la vida estruja
mi juventud, Señor, que desasida
de todo, tiende a Tí, desfallecida
como hacia el polo la inmantada aguja.

Un hondo anhelo de quietud, me empuja
a ir a llorar las culpas de mi vida
y a cabar mi sepulcro en la florida
paz de un jardín sombroso de cartuja.

Allí, en ese refugio apetecido
donde el alma se aduerme entre las flores
embeleñada de oración y olvido,

Iré a buscar el regalado nido
de tu regazo, amor de mis amores,
siempre anhelado y nunca poseído!

TRISTITIA RERUM

El dolor es el alma de las cosas,
y más si son efímeras y bellas;
quizá por eso nos parecen ellas
tanto más tristes cuanto más hermosas.

Habitadas por almas misteriosas
nos ocultan sus íntimas querellas,
aunque sólo el dolor de las estrellas
se puede comparar al de las rosas.

Tan sólo tú penetras y conoces
oh Poeta! Oh Vidente! sus serenos
pensares y oyes sus calladas voces.

Y vas a ellas con piedad, de modo
que si no lo ama todo, por lo menos
tu corazón lo compadece todo.

PLENITUD

Oh, Juventud! Qué anhelas todavía?
Yo orlé tu sien de lauros inmortales,
puse en tus hombros púrpuras triunfales
y vino y rosas derramé en tu vía.

Qué no te dí? La pena y la alegría;
goces que veda lo imposible, males
que hacen palidecer a los mortales.....
Ya todo te lo dí, juventud mía!

Poema en sazón, tan estupenda copia
de almíbares hiciste, que no cabes
con toda tu abundancia entre tí propia;

El tiempo tus tesoros multiplica,
y pródiga te ofreces, porque sabes
que mientras más te des, serás más rica!

LAS HILANDERAS

(Eugenio de Castro)

La anciana y la doncella
hacen girar sus husos vibrátiles. La anciana
ciñe una veste negra,
muñe negra; la doncella ciñe una veste blanca.

La viejecita llora y hace girar el huso;
la niña también hace vibrar el uso, y canta.
Hay en el cielo estrellas. El agua de los pozos
recibe, en su azulosa profundidad, la sacra
comuni3n de la luna.

—Linda doncella que hilas el lino de mis sábanas
de bodas, hÍla pronto, doncella, que me esperan
los brazos y los senos turgentes de mi amada....

Es de cristal el huso pausado de la niña
y de ciprés el huso ligero de la anciana.

—Oyeme, viejecilla,
no hagas girar con tanta
presteza el huso frágil en que se enreda el lino
sutil de mi mortaja.....
Mírame bien: soy joven, amado y venturoso;
tengo una novia blanca
más suave que las flores,
soy bueno; hay en mi alma
mucho amor por la vida.... Reposa, viejecilla,
continuarás mañana....

La Aurora.

El agua lenta del río perezoso
por sobre la llanura se aleja, fatigada
de haber andado toda la noche. La abuelita
ya tiene presto el hilo sutil de mi mortaja;
la niña se ha dormido, y el huso cantarino,
el huso que giraba
regocijadamente para aprontar el lino
de mis nupciales sábanas,
yace en el suelo, roto,
roto y disperso en una constelación de lágrimas.

ELOGIO CONCEPTUOSO DE TUS MANOS

—Son tuyas,—me dijiste
y con un gesto pleno de gracia me tendiste
tus manos, esas manos largas y gentilicias
hechas, en su finura divinamente grácil,
para ablandar penares y para hilar la fácil
seda de las caricias.

Tus manos! Ni tu albura psíquica, ni tus rizos
ultravioletas, ni tus acentos extrahumanos,
ni el más cordial y suave de todos tus hechizos
tienen la inapreciable dulzura de tus manos.

Cuando hacia mí las tiendes y me las abandonas
pienso en las manos finas de estirpes infanzonas,
y palpo con devotos gestos sacramentales
sus contornos intactos, en cuya albura fluída
tu alma inasible se hace visible, dividida
en dos ampos iguales.

LA DAMA DE LOS PERFUMES

Reclusa en tus estancias, donde hay como un silente
misterio de capilla, te enervas y consumes
—tal una reina bárbara, suntuosa y decadente—
con el encantamiento mortal de tus perfumes.

Artistas poseedores de raras artes brujas
para tí destilaron, con manos minuciosas,
en frágiles redomas, tan finas como agujas,
la virtual esencia de cien bancos de rosas.

Inmóvil y atediada, tus piecitos leves
no se han embalsamado jamás en los jazmines
y nardos de los campos en flor. Mas si te mueves,
te mueves rodeada de invisibles jardines.

Así, cristalizada, diafanizada, apenas
corpórea, me pareces en medio a las redomas
que infiltran su letárgica ponzoña entre tus venas,
la princesa del reino de los Mil y Un Aromas.

Y morirás un día con gesto grave y pulcro,
serena como un ídolo. Mas ni las pestilencias
finales ni la trágica corrupción del sepulcro
mancillarán tu carne, macerada en esencias.

SERENIDAD

Alma mía otoñal, tú eres de aquellas
que por el triste y fementido halago
de un beso de mujer, dieron en pago
con prodigalidad, lo mejor de ellas.

Pero, que ya, pasadas las querellas
y cuitas del amor, son como lago
de azul diafanidad, en cuyo vago
seno se profundizan las estrellas.

Tal sobre tí descienden la dulzura
y la paz de un crepúsculo suave
en que voces angélicas escucho;

Y es porque aquí en la tierra, la ventura
es arte y ciencia al par que sólo sabe
el que ha llorado y padecido mucho.

PURPURA Y ORO

Al llegar las vendimias aldeanas
cuando el fuego solar tuesta los limos,
por un gajo de rosas y manzanas
fueron míos tus besos y tus mimos.

Bajo la luz copiosa, en las solanas
los pámpanos cuajábanse de opimos
racimos de oro y encendidas granas
y a entrambos nos tentaron los racimos.

Tú te llegaste a la opulenta viña
y suspendiendo un gajo de tu loca
boca, echaste a correr por la campiña;

Mas yo te aprisioné, y en un sonoro
beso exprimí sobre tu linda boca
el racimo de púrpura y de oro.

DESFILE BLANCO

Laura, Beatriz, Leonora, Desdémona, Julieta,
desfile suspirante de sombras adoradas
de ojos beatos y céreas manos inmaculadas,
fantasmas de mis sueños de niño y de poeta;

En pasos espectrales y en actitud discreta
pasáis por mis jardines internos, delicadas
y aéreas con el suave prestigio de las hadas
bajo una luz difusa de oro y violeta.

Entre vuestras siluetas de encanto diluído
divaga, con las manos colmadas de azucenas,
la mística silueta de la que no ha venido. . . .

Su cuerpo de celeste madona leonardina
se pliega al excesivo peso de las melenas,
frágil como una lámpara que apenas ilumina.

ELLA

Tú, mi novia de siempre, la lejana
novia de blanca túnica ceñida;
la nunciadora en cuya frente erguida
brilla el lucero azul de la mañana;

Tú urometida y a la vez hermana
a quien buscó mi juventud florida
y a quien, en el invierno de la vida
buscaré aún con la cabeza cana,

Tuyos fueron los brotes abriléños
del cándido rosal de mis ensueños,
su primer yema y su primer retoño;

Y hoy,—pasados los años—como prenda
de constancia inmortal, te hago la ofrenda
de este ramo de rcsas de mi otoño.

CASA PATERNA

(G. Rodenbach)

Casa de los abuelos, la más dulce y amada
en que vive el recuerdo de la niñez pasada.

Aquí, en este aposento, en las tardes de olvido,
mientras el sol muriente suavizaba las cosas,
quizás convalecientes contábamos las rosas
de los frescos murales con mirar dolorido.

Allí, en las Navidades, ya la noche cercana,
dejábamos los fines zapatos relucientes
en que los Reyes Mayos pondrían sus presentes:
cuánto nos dice el claro tañer de una campana.

Aquí, en el dormitorio silente, una hermanita
dió sus primeros pasos entre risas joviales:
cada una de estas viejas cámaras ancestrales
guarda muchos recuerdos de dulzura exquisita.

Las viejas cornucopias bajo enlutados velos
en una lontananza triste e indefinida,
parece que aun reflejan la faz palidecida
y el cabello de plata de los dulces abuelos.

Los muebles familiares de anticuadas molduras
y las tapicerías de sedas despintadas,
resisten a los años en las mismas posturas
en que los colocaron manos idolatradas.

Cómo olvidaros, sendas fragantes e indecisas
del jardín, nobles fuentes, sarmentoso viñedo,
gruta en que aún parecen vibrar como con miedo
de violar el silencio las infantiles risas!

Cómo olvidarte, casa de nuestra edad primera
al través de la vida y de sus acritudes,
si vieron nuestros ojos bajar por la escalera
y entre silencio y lágrimas amados ataúdes!

HACIA LOURDES

(Francis Jammes)

Yo iba para Lourdes en una romería;
eran de azul los lagos en el azul del día;

las montañas brillaban bajo el sol estival
con reverberaciones de bruñido metal;

por los caminos iba un tumulto bravío
cegado de polvo, por el sol del estío.

Mujeres, niños, viejos curvados por la edad,
gritaban anhelantes: "Piedad! . . . Piedad! . . . Piedad! . . ."

De pie sobre una piedra, a orillas del camino,
exhortaba a la turba romera un capuchino.

La procesión cantaba. A las errantes brisas
flotaban los pendones con sus áureas divisas.

En la luz, recortábanse los finos campanarios
—de gótica estructura,—de iglesias y santuarios.

Sobre andas y llevada por su padre, un anciano
de apostólica barba nevada, y por su hermano,

un suave adolescente de pálido semblante,
iba una niña grácil y fina, agonizante.

Yo apretaba los dientes para no sollozar,
y al verla comprendía que la empezaba a amar.

Ay! Era bella, bella! Tenía quince años,
vestía de blanco y eran sus cabellos castaños.

La procesión cantaba. A las errantes brisas
flotaban los pendones con sus áureas divisas.

Ella me sonrió con su sonrisa franca. . . .
En la diestra llevaba una azucena blanca. . . .

En dónde estás ahora? Responde a mi reclamo:
Vives aún? Moriste? No sé, pero te amo.

Señor, si acaso existe, no la mates. Tenía
ojos claros y mansos de cera y frente pía.

Permítela que viva, aunque no sea sino
por su padre, el anciano de la barba de lino.

AMBICION

(Paul Gerald)

Amigo, las venturas que sueño son discretas
y dulces; una casa cubierta de glicinas
y llena, como un claustro, de aroma de violetas,
y una mujer que vista de claras muselinas.

Un huerto penumbroso, fragante de resedas,
con árboles frutales, al borde de un camino
por donde a veces pasa, rechinando las ruedas
y cargado de mieses, un carro campesino.

Los soles de las siestas ardientes de verano
que ponen rojas manchas de luz sobre los muros
floridos; el monótono cantar del hortelano
que recoge en su cuévano los melones maduros.

Mis soñadas venturas son ir a las campiñas
y ver, bajo el sereno azul de las mañanas
abrilneas, los juegos de una tropa de niñas;
son escuchar el místico teñer de las campanas
de mi pueblo en las tardes pacíficas y quietas
cuando tras sus rebaños retornan los pastores;
son eso tan cantado por los malos poetas;
abril, cielos azules y pájaros y flores.

EN PROVINCIA

(G. Rodenbach)

En Provincia, en las mansas languideces
y en la tibia quietud de la mañana
lentamente retañe la campana
mientras el alba, envuelta en palideces
mira con ojos tímidos de hermana.
Retañe la campana, y sus tañidos
dispérsanse cual pétalos suaves
en los viejos aleros derruídos
que guarecen el sueño de las aves.
Es como un ramillete de sonidos
que parece caer de tiempos idos,
de remotos antaños;
es un florón de pétalos extraños
y mustios que parecen desprendidos
de la frente difunta de los Años.

AMORES

(Eugenio de Castro)

Judith, la más gentil de las morenas
cuyo cuerpo destácase entre rosas
y entre palmas y mirra, en las novenas;
Cintia, la de las crenchas aromosas;
 María, dulce y pía,
más suave que las flores y tan pura
 como un mes de María;
Arminda, la trigueña hostil y dura,
y Lidia, la de los grandes ojos claros
 cuyos besos traidores
dejaron en mi boca aromas raros;
todas a mí se ataron con estrecho
lazo; de todas fueron mis ardores,
 y todas de despecho
lloraron cuando yo, no satisfecho,
las dejé por buscar nuevos amores.

Antes de subyugarlas con la viva
expresión de mi faz, con la oportuna
gracia de mi palabra persuasiva,
creí poder hallar en cada una
de las Amadas un edén abierto,
mas apenas mi anhelo penetraba
sus seres, el edén se transformaba
en un erial aridificado y muerto.

Dueños del bien, nuestra ilusión fenece;
de múltiples amores en la pugna,
fui el enfermo que todo lo apetece
 y a quien todo repugna.

